

El juego del turco

Raúl Murcia



También la expedición a Egipto, con su triunfo en las Pirámides, fue un error estratégico que le restó poder al Emperador. El pequeño cabo lo sabía, o al menos, así lo contó Isauro, profesor de primaria, mientras se ponía de pie, al atardecer, para terminar la clase, porque el frío que bajaba de la montaña le hacía doler las articulaciones. “¿Qué hicieron los turcos?”, preguntaron los niños, pero él dio la espalda y se apresuró a llegar al pueblo para misa de seis.

Todos creían que el final estaba cerca. A comienzos de noviembre, los niños que se irían de la escuela pública a cursar bachillerato, pasaban frente al negocio del Turco, lo miraban con intriga maliciosa y cuchicheaban entre ellos. Algunos incluso pensaban que cerraría la tienda.

El profesor llegó a misa. Los niños corrieron hasta la entrada y contemplaron por un rato a la gente que pedía perdón antes de dar inicio a la liturgia de La Palabra. Ellos sabían de memoria el ritual, les gustaba servir de acólitos para comer hostias con arequipe. Después de la bendición, Isauro se dirigió a la salida. “¿Qué hicieron los turcos?”, indagaron de nuevo, halándolo del pantalón. Caminó hasta la plaza central del pueblo y se sentó en una banca. Los niños bajaron guayabas de los árboles y se arrodillaron alrededor del profesor sin notar a los coteros que iban y venían con bultos de yuca. Isauro continuó con el relato.

Los soldados miraban asombrados los movimientos del Turco, si giraba los ojos a la derecha, el público se ponía de pie aturdido, si desplazaba la mano hacia el tablero, los ingleses presentes apretaban los dientes y gritaban exaltados “!Death to Boney!”. El pequeño cabo movió el peón blanco hasta la mitad y sacó la reina. El Turco desplazó el brazo despacio, ubicó la mano sobre el tablero, levantó la cabeza y encaró a su oponente.

La multitud estaba asombrada por verlo en movimiento, ¡era inconcebible! Las mujeres no paraban de murmurar y los hombres agachaban la cabeza para encontrar en algún resquicio las piernas del Turco. Se abrió la compuerta que estaba debajo de su abdomen, nada. Llamaron a un hombre del público para que revisara detrás de las compuertas y poleas, nada.

Una vez movido el peón, los caballeros de la Orden de San Juan se pusieron en guardia. Con solo esa jugada y un par de cañonazos, el pequeño cabo sitió la

fortaleza de La Valetta. El imperio otomano se defendió e instigó al Turco a adelantar el peón negro E a la casilla 5.

Isauro vio a los niños sacar un diminuto ajedrez imantado que, desde luego, habían comprado en la tienda del Turco. Hicieron las dos jugadas en el tablero y pronosticaron el resultado. Casi todos estaban convencidos de que Napoleón ganaría, tal vez por la manera en que Isauro les contó la historia o porque desconfiaban del Turco de la tienda, al que tampoco le podían ver las piernas, porque siempre estaba detrás del mostrador. A pesar de sus sospechas, los niños frecuentaban la tienda para ver los nuevos juegos y cachivaches que llegaban por río hasta el pueblo. Allí compraron cocas plásticas, un parque de cartón de cinco puestos, algunos paquetes de yas, bolas de piquis normales y maras y un naípe español, en el que Isauro les enseñó a jugar tute y escoba. De vez en cuando, trataban de pasar por debajo de la vitrina corrediza, no aguantaban las ganas de saber si solo había un hueco debajo del ombligo del comerciante. Él los miraba con malicia, se acariciaba el bigote y los asustaba para que salieran disparados de la tienda como pepas de guama.

La partida tuvo que esperar hasta el siguiente día. Isauro les mostró un par de jugadas en el tablero y se fue caminando por entre los guayabos hasta encontrar el cauce del arroyo. Antes de perderse en la oscuridad, levantó su sombrero de caña trenzada y los niños sonrieron al comprender que la vida se narra así, en silencio, espera y juego.

Al amanecer, los niños estaban en la puerta de la escuela esperando la llegada de Isauro. Él pasó por su lado sin detenerse a mirarlos y se dirigió al salón. Durante la mañana, dictó aritmética y geometría y les enseñó a hacer cálculos para jugar cinco huecos y cuadro. En la tarde, después de comerse

un bollo de mazorca, se sentó en el piso del salón y prosiguió con la historia.

Napoleón sacó la reina hasta F3 por la línea de los alfiles y el Turco se defendió ubicando el caballo en C6. Los espectadores seguían desconcertados; sabían que una derrota del Emperador en el tablero, sería también la caída ante el Imperio Otomano en Egipto. El pequeño cabo llevó el alfil hasta C4 y evitó por un tiempo a la Armada Británica, algunos de sus comandantes estaban entre el público e instaban a seguir gritando "Death to Boney".

El Turco avanzó con el caballo negro, giró la cabeza y observó de soslayo a los comandantes; ellos asintieron; él también. Nadie en el auditorio entendió que se había pactado una alianza entre otomanos y británicos y persistían con arengas y abucheos en contra del Emperador.

Ya eran las cinco. Isauro cogió el sombrero, guardó las tizas de colores en una cajita y las metió en su mochila. Los niños de quinto eran los únicos que se quedaban hasta tarde escuchando el cuento del Turco que los despediría para siempre de su niñez y de la escuela primaria. Mientras bajaban la cuesta en las tardes de invierno, era fácil verlos haciendo rodar aros con trozos de madera o brincar como los caballos de dos en dos chupando refresco con sabor a gelatina o helado de salpicón.

Afuera de la iglesia estaban ellos de nuevo; esta vez habían llevado panela para untar la guayaba. Isauro puso el sombrero en la silla, se sobó los nudillos y estiró los brazos adoloridos. A uno le salió un gusano en la fruta y empezó a llorar. Los demás, sin pensarlo dos veces, se arrojaron sobre él y lo embadurnaron con guayaba. Entre risas y lágrimas se limpió con la manga del saco y se dispuso a escuchar al profesor.

Los dos caballos del Turco estaban afuera, el pequeño cabo situó el suyo delante del rey. El Turco sacó el alfil hasta C5 y Napoleón adelantó su peón A una casilla. Esta jugada fue decisiva. Permitió al almirante Nelson dividir su flota en dos y atacar las naves francesas que se encontraban cerca a la costa de Aboukir. La alianza era evidente, pero en el salón en donde se desarrollaba la partida, los ojos continuaban entumecidos, nadie parpadeaba, no creían ni siquiera que el Turco pudiera moverse.

Los niños fruncieron las cejas, esta última frase los dejó desconcertados. Estaban

casi seguros de que el Turco de la tienda se movía a voluntad. Salieron afanados a comprobarlo y apenas si se despidieron de Isauro agitando las manos a lo lejos. Llegaron a la tienda, el Turco los escuchó acercarse por las calles casi vacías, sabía a qué venían, pero faltaba un día, un solo día para que terminaran las clases.

Antes de la partida, el mago presentó al Turco y desafió a los asistentes. Invitó a varias personas al escenario para que comprobaran la caja llena de engranajes. Nadie entendía cómo una cabina de madera con forma humana en la parte superior y unos



El profesor llegó a misa. Los niños corrieron hasta la entrada y contemplaron por un rato a la gente que pedía perdón antes de dar inicio a la liturgia de la palabra.





Al amanecer, los niños estaban en la puerta de la escuela esperando la llegada de Isauro. Él pasó por su lado sin detenerse a mirarlos y se dirigió al salón.

mecanismos de relojería en la inferior podía resolver el problema del caballo. El pequeño cabo se aproximó al artefacto y le pareció buena idea mostrar sus habilidades frente al autómata. Abrió las compuertas que cubrían el intrincado interior mecánico y, retando las bocas abiertas del público, eligió las blancas.

Era el último día de clases, los niños llegaron más temprano de lo normal. Isauro les enseñó a contar las fichas de dominó, les explicó la importancia del peso en el efecto giroscópico del trompo y les mostró por fin el tablero de go. Los niños insistían en saber qué hicieron los turcos y cómo se defendió Napoleón, aunque les pareció sencillo entender que el juego moviera las fichas del mundo.

Junto a Isauro, se dirigieron a la tienda del Turco, ahí les contaría la última parte del relato. Tan pronto llegaron, el Turco les pasó una bandeja con baklavas de pistacho, los niños los olieron con desconfianza. El que había sido embadurnado con guayaba dio el primer mordisco y, los demás, simplemente lo siguieron. En la entrada de la tienda, se sentaron a escuchar.

Después del enroque, Napoleón estaba arrinconado. El alfil del Turco en E2 amenazaba la torre contigua al rey. Los caballos negros avanzaron y consiguieron el primer jaque, las manos del Emperador



sudaron y se las secó en el pantalón. El buque Oriente yacía en llamas después de la arremetida del almirante Nelson. Ningún barco francés logró ir en su ayuda; por el contrario, todos se alejaron de él. La reina negra se ubicó frente al rey diagonal a la torre, Napoleón retrocedió. La reina acabó con la torre.

En la jugada final, el rey blanco estaba en E1, el caballo del Turco en G1 y la reina lista para posarse otra vez frente al rey, jaque mate. El buque Oriente explotó y arrojó los cuerpos de la tripulación al aire: los restos de madera ardiendo se confundieron con las manos que pedían auxilio. Napoleón se levantó enfurecido de la mesa, botó la silla a la multitud y caminó avergonzado por el salón, mientras los ebrios ingleses se reían a carcajadas y le daban paso para que abandonara la sala.

El Turco movió la vitrina corrediza y dejó ver parte de sus botas. Los niños se quedaron fríos, él sí, se repetían, él sí tiene piernas. Luego de acabar con el último dulce de pistacho, dejaron la tienda y turnándose para mover los aros, se perdieron, casi al anochecer, por la calle que llega hasta el arroyo. Antes de ver los bagres asomarse en la superficie del agua, sacaron tapas de gaseosa del bolsillo y se citaron para el juego de yermis del fin de semana.

Después de mucho tiempo, Isauro se sentó en la banca en donde solía contar su relato. Vio a sus antiguos alumnos cargando los bultos de yuca y ñame y subirlos a camiones que parten hacia la capital. Sin darse cuenta, pisaron las guayabas que caen en la plaza. Sin embargo, siempre lo alienta verlos en las tardes jugando dominó a la luz de las velas y aunque sabe que su juego ahora aguarda y calla, de vez en cuando, pasa, les bota las fichas al suelo y les dice que tienen que empezar de nuevo. ■

